

“Golpe de Estado en Europa” en Triunfo (9 febrero 1963)

Leyenda: El 9 de febrero de 1963, la revista Triunfo expone la visión del Presidente francés Charles de Gaulle con respecto a la Europa del futuro.

Eduardo Haro Tecglen muestra las ambiciones de Charles de Gaulle de alejarse políticamente de Estados Unidos y de crear una “Gran Europa” desde el Atlántico a los Urales, incluyendo a la Unión Soviética. Según De Gaulle, la URSS se distanciará de China, lo que podría acercar a Moscú hacia Europa occidental. Sin embargo, según el autor, el presidente francés intenta hacer valer sus pretensiones en un momento en el que parece que se da paso a una ligera distensión entre ambos bloques, con J.F. Kennedy en la Casa Blanca, quien resta todo tipo de protagonismo a De Gaulle en sus intenciones de liderar Occidente.

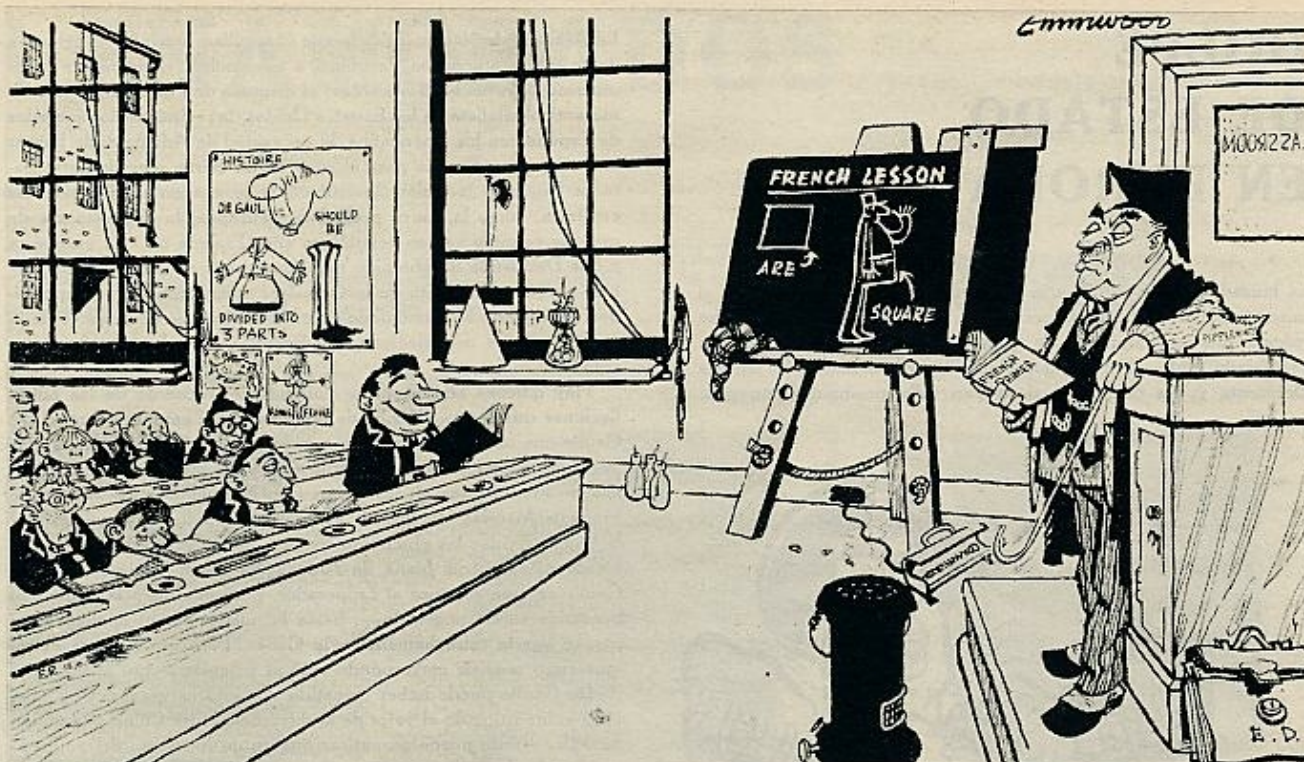
Por otra parte, hay que destacar que De Gaulle insiste en llegar a acuerdos con España como vía para entrar en los países de habla hispana.

Fuente: Eduardo Haro Tecglen, “Golpe de Estado en Europa”, en Triunfo, núm. 36, año XVIII, 09.02.1963, páginas 11-13. Disponible en: <http://www.triunfodigital.com/mostrador.php?a%F1o=XVIII&num=36&imagen=11&fecha=1963-02-09> .

Copyright: (c) Triunfo Digital

URL: http://www.cvce.eu/obj/golpe_de_estado_en_europa_en_triunfo_9_febrero_1963-es-d5e275fc-c4e0-447e-9fbd-68ca2e560d2f.html

Publication date: 20/02/2014



De Gaulle a dosis masivas. El alumno inglés aprende una Europa dictada por París; como la moda... la nueva «Gran Europa» tendría su nueva Atenas en Francia. Así ven la lección los caricaturistas británicos.

(De DAILY MAIL)

LA idea del general —puesto que las ideas del general Charles de Gaulle ocupan en este momento el panorama de la política internacional, de forma que podría ser más útil el diagnóstico de un psicoanalista que el comentario de un cronista diplomático—; la idea del general parece clara. Reconquistar Europa de la colonización oculta de los americanos; crear una Europa que vaya, según su frase clásica, «del Atlántico hasta los Urales» —con la Unión Soviética, o con Rusia como él prefiere decir, incluida—; una Europa de antigua riqueza mental y económica, que sea a su vez capaz de iluminar el mundo. Esta Gran Europa —el término «Gran Europa» figura también en los escritos y en las palabras de Hitler— tendría su nueva Atenas en Francia, su nuevo Pericles en De Gaulle. «Si fracasa —dice el general a sus íntimos— las grandezas pasadas desaparecerán para siempre, y el humanismo europeo será sucedido por el triunfo de los bárbaros». Los bárbaros son, en este caso, los norteamericanos, que no consiguen salir de su asombro. Estos ensueños carolingios resultan difícilmente comprensibles para quienes se han acostumbrado a pensar con ayuda de la cibernética. Aparte de que la idea de que se les considere como los nuevos bárbaros les desagrada profundamente, no entienden que Europa se puede construir hoy contra su voluntad, contra sus armas, contra su dinero. Los más agudos de entre ellos —como el comentarista Walter Lippmann— son capaces de analizar el pensamiento de De Gaulle, pero creen que es un funesto error de su parte haber elegido este momento.

Sin duda lo ha elegido porque cree que hay una conjunción casi astrológica de acontecimientos favorables. Una de sus viejas predicciones es que la URSS llegará a separarse de «la innumerable multitud amarilla» —como le gusta llamar a los chinos—; los últimos «pleitos de familia» entre rusos y chinos le hacen suponer que su profecía comienza a cumplirse. Al mismo tiempo, Kennedy

GOLPE DE ESTADO EN EUROPA

Por EDUARDO HARO TECLEN

GOLPE DE ESTADO EN EUROPA

ha lanzado su famoso desafío de Palm Beach, nombrándose a sí mismo «leader» del mundo occidental. El general-presidente debe calcular que es el momento de recoger tal desafío antes de que sea demasiado tarde, antes de que Kennedy sea realmente el jefe de Occidente y sus decisiones destruyan toda posibilidad europea.



El arrogante Kennedy espera sobrevivir a De Gaulle en el poder. Pero la incógnita sigue en pie, porque el general «no está decidido a morirse». ¿Podrán los pulmones de Washington con el «salvador» de Europa?

(De DAILY MAIL)

La «traición de Nassau», por la que Macmillan precipitó a Inglaterra en la órbita americana, le obligó a excomulgar rápidamente a los ingleses. Más hechos favorables: el disgusto de Portugal por la actitud anticolonialista de los Estados Unidos, la revisión de los acuerdos de España con los americanos, la necesidad de Adenauer de buscar una alianza en Europa para el caso de un cierto acuerdo entre Estados Unidos y la Unión Soviética... Si se añaden acontecimientos capitales, como la nueva prosperidad europea, la circunstancia de que por primera vez en veinticinco años Francia no está en guerra y que De Gaulle ha obtenido repetidas veces el asenso de su pueblo —según el Instituto de la Opinión Pública francés, la popularidad del general ha aumentado en un cinco por ciento después de la ruptura de las negociaciones de Bruselas— tendremos el cuadro completo.

Hay quienes añaden otros síntomas: el recuerdo de las humillaciones sufridas en el exilio de Londres por el entonces coronel De Gaulle que tuvo que nombrarse a sí mismo general de brigada; las negativas americanas a permitirle éxitos de prestigio en las batallas de Francia tras el desembarco en Normandía; los asertos de François Mauriac de que el general De Gaulle está ungido por la gracia divina; las comparaciones de Malraux y otros intelectuales de cámara con Juana de Arco y Napoleón —parece que De Gaulle se cree superior al Emperador, pero inferior a la Santa: su pensamiento es moderado—; hasta la mística de su apellido, que parece ligarle estrechamente a la Galias. Pero éstos sí son extremos cuyo análisis corresponde más al psiquiatra que al cronista.

De Gaulle puede haber cometido dos errores graves. Uno, que haya sobreestimado el valor de la diferencia entre China y la Unión Soviética. Nada puede garantizar que en un momento determinado un cambio de política o de personas en Moscú o en Pekín vuelva a sellar la antigua unión; o que la necesidad china lleve a Mao a plegarse a las tesis soviéticas; o que se llegue realmente a una tregua ideológica entre los dos países. O que la Unión Soviética quiera utilizar la situación para, haciendo un movimiento hacia Francia, desmoronar el difícil y quebradizo edificio de Occidente.

El otro error de De Gaulle —y éste no es hipotético, sino concreto— es el del momento elegido para enfrentarse a Kennedy. El «ugly american», el horrible americano, como decía un escritor —precisamente norteamericano—, tuvo durante mucho tiempo fatigado al europeo: era la época de Eisenhower, de MacCarthy, de Foster Dulles, de MacArthur cuando se practicaba la «política del borde del abismo» y todos temíamos vernos precipitados a una guerra como consecuencia de la intrepidez americana. Si en ese momento un gran jefe europeo hubiese tratado de independizar Europa, habría encontrado el apoyo de todos. De Gaulle ha elegido el momento en que se habla de «paz fría», cuando los acuerdos de desarme parecen llegar a un punto favorable, después de lustros de punto muerto. Incluso se dice que va a producirse muy próximamente una entrevista entre Kennedy y Kruschew —lugar indicado: Viena— para firmar los supuestos acuerdos de prohibición de pruebas nucleares, si es, que se consiguen en la «reunión de los 18» de Ginebra. De Gaulle parece querer plantar ahora su espada medieval en el camino de la paz. La dureza, incluso la furia con que la mayor parte de la prensa europea ha acogido el «golpe de estado europeo» de De Gaulle indica la impopularidad de la medida.

Sería sin embargo un error creer que De Gaulle está haciendo política «para el momento». Las medidas que está tomando necesitan un desarrollo de muchos años. El duelo con Kennedy —el duelo con la Casa Blanca, porque De Gaulle cree que sobrevivirá políticamente a Kennedy— no lo plantea sólo en Europa. El escenario es el mundo. El «Plan Marshall francés» para Hispanoamérica, anunciado por el ministro de Hacienda, Giscard d'Estaing, el 1 de febrero en la Asamblea Nacional, es un intento de asegurarse un continente descontento de los Estados Unidos, pero cuya burguesía teme caer en el castrismo. El «Express» del 31 de enero anunciaba ya este campo de acción posible de De Gaulle. Y atribuía al designio del general sobre América su insistencia en llegar a acuerdos con España, como clave posible para la entrada en países de habla hispana.

«De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso». Esta es la respuesta del caricaturista inglés a De Gaulle que se cree superior a Napoleón, pero inferior a Juana de Arco.»
(De DAILY MAIL)



¿Cuál puede ser la respuesta angloamericana a De Gaulle? Por el momento sus prohombres siguen paralizados por el asombro. Podría ocurrir que los planes de Kennedy para modificar totalmente sus relaciones con la URSS se precipitasen. Podría ocurrir también un abandono de la Europa degolista, apenas necesaria hoy para la nueva estrategia. Pero lo que parece desprenderse de la mayor parte de los comentarios angloamericanos es la decisión de esperar. ¿A que De Gaulle caiga por sí solo? Quizá a confiar en su edad, y en la de Adenauer: Kennedy espera sobrevivirle en el poder. Esta idea, indudablemente, es antipolítica. Y, según el agudo Joseph Alsop, fuera de lugar. «El general —escribe en el «Herald Tribune»— está nada decidido a complacer al Departamento de Estado muriéndose. Puede que moralmente el poder corrompa; pero desde un punto de vista médico la regla es que, si el poder conserva la salud, el poder absoluto la conserva absolutamente».

triunfo

PUBLICARA EN EL PROXIMO NUMERO

BILBAO

LA FUERZA JUNTO A LA RIA



EN 1850 TENIA 15.000 HABITANTES. EN EL 2000 SE ESPERA LLEGAR AL MILLON



DE PEQUEÑA CIUDAD PROVINCIANA A GRAN CENTRO INDUSTRIAL EUROPEO